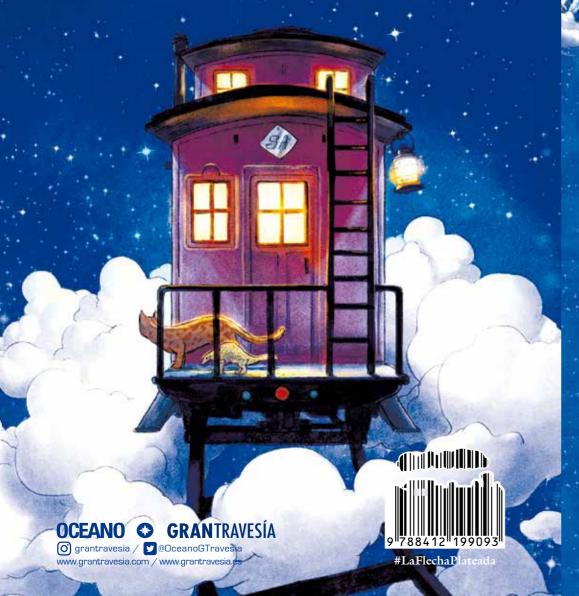
Conducir una locomotora a vapor es muy complicado. Pero no os preocupéis, os enseñaré cómo hacerlo.

- \* PRIMERO: Mantened la caldera llena.
- \* **SEGUNDO:** No permitáis que el fuego se apague.
- \* TERCERO: Nadie viaja sin su billete.
- \* CUARTO: No os rindáis jamás.



Éxito de ventas de The New York Times

LAFLECHA

PLATEADA

LEV GROSSMAN

**GRAN**TRAVESÍA

EADA • GRANTRAVESÍA

HLECHA













# LA FLECHA PLATEADA





**GRAN**TRAVESÍA









## LEV GROSSMAN

# LA FLECHA PLATEADA



Ilustraciones de Tracy Nishimura Bishop

> Traducción de Mercedes Guhl

**GRAN**TRAVESÍA



Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

La Flecha Plateada

Título original: The Silver Arrow

© 2020, Cozy Horse Limited

Traducción: Mercedes Guhl

Ilustraciones de interiores: Tracy Nishimura Bishop Ilustración de portada: Brandon Dorman Diseño de portada: Sasha Illingworth Portada: © 2020. Hachette Book Group Inc.

D.R. © 2021, Editorial Océano, S.L. Milanesat 21-23, Edificio Océano 08017 Barcelona, España www.oceano.com www.grantravesia.es

D.R. © 2021, Editorial Océano de México, S.A. de C.V. Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México www.oceano.mx www.grantrayesia.com

Primera edición: 2021

ISBN: 978-607-557-302-1 Depósito legal: XXXXX

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmentode esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN







### Para Lilly, Hally y Baz















# El tío Herbert es mala persona

Kate sabía sólo dos cosas de su tío Herbert: que era muy rico y muy irresponsable.

Eso era todo. Uno hubiera pensado que sabía algo más porque era su tío, al fin y al cabo. Pero el hecho es que no lo había visto ni una sola vez. Ni siquiera en foto. Era el hermano de su madre, y ella y el tío Herbert no simpatizaban demasiado.

Resulta extraño si lo piensas. Quiero decir, Kate tenía un hermano menor, Tom, y era terrible y asqueroso, pero ella no podía concebir dejar de verlo. Por lo visto, entre adultos la cosa era diferente.

El tío Herbert nunca los visitaba. Jamás los llamaba. ¿Dónde vivía? ¿Qué hacía todo el día? Kate lo imaginaba haciendo cosas raras, de ricachones excéntricos, tal vez viajando a islas remotas, coleccionando mascotas exóticas y, no sé, comprando una casita hecha de galletas de jengibre y caramelos para comérsela entera él solo. Eso es lo que ella hubiera hecho.



Pero era un gran misterio. Lo único que le quedaba claro con respecto al tío Herbert, por lo que decían sus padres, era que se trataba de un perezoso, tenía un montón de dinero y ni el más remoto sentido de la responsabilidad. Kate se preguntaba cómo había sido posible que alguien tan perezoso e irresponsable hubiera llegado a acumular una fortuna, pero los adultos jamás explicaban contradicciones como ésa. Se limitaban a cambiar de tema.

Lo cual no quiere decir que los padres de Kate fueran malos tutores, porque en realidad no era así. Sólo que sus hijos no parecían estar en la parte superior de su lista de prioridades. Se marchaban temprano al trabajo y regresaban a casa tarde, e incluso cuando estaban en casa, siempre tenían la vista puesta en sus teléfonos y sus ordenadores con caras muy serias de trabajo. A diferencia del tío Herbert, trabajaban todo el tiempo y eran extremadamente responsables, aunque no parecía que tal dedicación les fuera de gran provecho.

Quizás era por eso que el tío Herbert los contrariaba. Como fuera, sus padres no parecían tener mucho tiempo para ella.

Sin embargo, Kate si tenía mucho tiempo para sí. A veces tenía la impresión de que era demasiado. Paseaba en bicicleta, jugaba a los videojuegos, hacía sus deberes y se divertía con sus amigas, y de vez en







cuando incluso con Tom. No era una niña con ningún talento especial, a diferencia de sus compañeros de clase... niños diestros para dibujar o hacer malabares con cuatro objetos a la vez, o para identificar setas y conocer la diferencia entre las venenosas y las que se pueden comer... aunque a veces deseaba que fuera así. Leía mucho; con desesperante frecuencia le ordenaban, a la hora de comer, que cerrara el libro. Sus padres la inscribieron en clases de piano y de tenis (y a Tom, de violonchelo y *hapkido*).

Pero había días en que, mientras tocaba el piano de pared en la sala, o castigaba la puerta de la cochera practicando derechas y reveses con la raqueta, podía entender que se sentía inquieta. Impaciente. ¿Qué sentido tenía hacer todo aquello? Todavía estaba en la edad









en que podía dedicar todo su tiempo a hacer cosas de niños, pero también iba creciendo y pronto querría hacer algo más que inventar nuevos juegos. Se sentía lista para algo más emocionante. Más real. Algo que importara de verdad.

Pero no había nada. Sólo juegos, juguetes, tenis y piano. La vida siempre parecía tan interesante en los libros, sin embargo, cuando uno la vivía, no su-

cedía nada emocionante. Y, a

diferencia de los libros, uno no podía saltarse las partes aburridas.

> Tal vez fuera por eso que en la víspera de su undécimo cumpleaños, Kate se sentó a escribir una carta a su tío Herbert:



### Querido tío Herbert:

No me conoces, pero soy tu sobrina Kate y, como mañana es mi cumpleaños, y tú eres millonario, ¿podrías enviarme un regalo, por favor?

Con cariño, Kate



Al leerla de nuevo, no estuvo muy segura de que fuera la mejor carta del mundo, y tampoco de que ese *por favor* hubiera quedado en el lugar correcto. Pero le pareció que contenía una verdad que le salía del alma, cosa que, en palabras de su profesora de arte, era lo importante. Así que la metió en el buzón. Lo más probable es que nadie fuera a leerla porque no había escrito la dirección del destinatario en el sobre, pues no sabía dónde vivía el tío Herbert. Ni siquiera tenía sello.

Por eso fue todavía más asombroso que a la mañana siguiente apareciera un regalo del tío Herbert. Era un tren.

No es que Kate quisiera un tren. No le interesaban mucho los trenes, que eran más del gusto de Tom. Lo de Kate eran los libros, los LEGO, y los Vanimals, unos animalitos simpatiquísimos que conducían unas pequeñas furgonetas, y que tenían locas y fascinadas a todas las de su clase, y a ella también, aunque no podía explicar por qué.

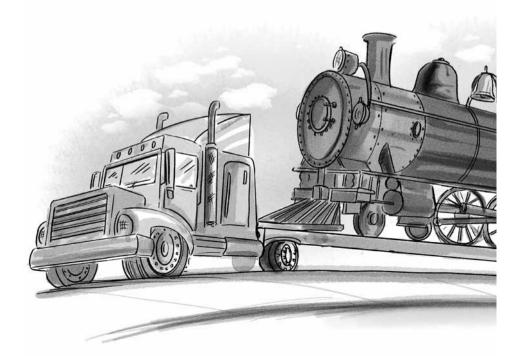
Después de todo, sin embargo, no había pedido nada en específico, y supuso que tal vez su tío no tenía mucha experiencia con niños. Bueno. Kate intentó evaluar el gesto positivamente.

Lo que resultaba muy sorprendente era el tamaño. Quiero decir, esta cosa era realmente descomunal. Demasiado grande para enviarla por correo postal.









Llegó a casa de Kate en un enorme camión de doble remolque especialmente reforzado, y con veintiocho ruedas. Tom las contó. Era gigantesca, negra e increíblemente detallada. De hecho, no parecía un juguete desde ningún punto de vista, sino una verdadera locomotora de tamaño real.

Eso se debía a que lo era, justamente, según les explicó el tío Herbert.

El tío Herbert había venido a entregarla en persona, en un coche Tesla amarillo plátano tan increíblemente elegante que parecía uno de los cochecitos Hot Wheels de Tom. El tío era barrigón, con fino cabello castaño y una cara redonda y amable. Parecía un profesor de historia o uno de esos señores que revisan los billetes de entrada en los parques de atracciones. Vestía unos





brillantes zapatos azules de cuero y un traje amarillo plátano a juego con su Tesla.

Kate y Tom salieron a toda prisa para mirar el tren. Kate tenía un abundante cabello castaño cortado a la altura de la barbilla, y una naricilla respingona que le confería cierto aire de princesa, aunque por lo demás no era especialmente principesca. Tom tenía el pelo corto y rubio, que le caía en mechones, como un conejillo de Indias que acabara de despertarse de la siesta, pero tenía la misma nariz de Kate, que a él sí lo hacía ver como un principito.

Kate estaba tan sorprendida que no le acudían palabras a la mente.

-Es un tren realmente enorme -fue lo único que atinó a decir. Tendría que bastar.

- —No es un tren completo en realidad —explicó el tío Herbert con modestia—, sólo la locomotora y el vagón carbonero, que lleva detrás.
  - -¿Cuánto pesa? preguntó Tom.
  - —Cien toneladas —dijo el tío Herbert de inmediato.
- —¿Exactamente eso? —preguntó Kate—. ¿En serio pesa cien toneladas?
- —No, bueno —dijo el tío Herbert—. Pesa ciento dos toneladas. Ciento dos punto treinta y seis. Haces bien en sospechar de los números redondos.
- —Eso había pensado —dijo Kate, que de hecho había sospechado que su tío no había sido tan preciso.

En realidad, uno no se hace una idea de lo increíblemente colosal que es una locomotora a vapor hasta que se presenta, estacionada frente a su casa. Ésta medía por lo menos cinco metros de altura, y más de quince de largo. Tenía un faro frontal, y una chimenea y una campana, y un montón de tubos y pistones y varillas y válvulas y palancas. Sólo las ruedas, ya eran el doble de altas que Kate.

Su padre también había salido de casa. De hecho, la mayoría de los vecinos de su calle se habían asomado a ver la máquina. Papá se llevó las manos a la cintura.

—Herbert, ¿qué rayos es esto?

En realidad, no dijo *rayos*, sino una palabra más fea, de ésas que no se pueden decir en un libro para niños.







- —Es un tren —dijo el tío Herbert—. Un tren a vapor.
- —Ya lo veo, pero ¿qué hace aquí? ¿En un camión enorme? ¿Y tan cerca de mi casa?
- —Es un regalo para Kate. Y para Tom, supongo, si es que ella quiere compartirlo —se volvió hacia los niños—. *Compartir es importante*.

Definitivamente, el tío Herbert no tenía experiencia con niños.

- —Pues es un bonito gesto por tu parte —opinó el padre de Kate, frotándose la barbilla—. Pero... ¿no habría sido mejor enviarle un juguete?
  - —¡Esto es un juguete!
  - —No, Herbert, no lo es. Esto es un tren de verdad.
- —Supongo que sí —contestó el tío Herbert—. Pero, en sentido estricto, si ella va a jugar con este tren, entonces, por definición, también es un juguete, ¿no es verdad?

El padre de Kate calló un momento y lo meditó, cosa que fue un error táctico. Lo que debió haber hecho, pensó ella, era salirse de sus casillas y llamar a la policía.

Su madre no tuvo el mismo problema. Salió a toda carrera de casa, dando alaridos.

—¡Herbert! ¡Cabeza de chorlito! ¿Qué rayos crees que estás haciendo? ¡Saca esta cosa de aquí! ¡Niños, bajaos del tren!

Esto último lo dijo porque mientras su padre discutía, Kate y Tom ya habían subido al remolque y em-







pezaban a buscar por dónde trepar a la locomotora. No podían evitarlo. Con tanto tubo y palanca, parecía como escalar en un rocódromo.

Bajaron del camión contrariados y retrocedieron hasta cierta distancia, pero Kate no podía evitar seguir mirando la locomotora. Era una cosa gigantesca y negra y genuina, con muchos botones, perillas y detalles que obviamente servían para algo interesante, y una cabina pequeña y acogedora en la cual uno podía sentarse. Tenía un aspecto fascinante, cargada de presagios; como un dinosaurio dormido. Mientras más la miraba, más interesante parecía.

Y real. Era como si Kate hubiera estado esperando algo así sin saberlo. ¡Le encantaba!

Sobre el costado del vagón carbonero, en pequeñas letras mayúsculas, se leía:

# LA FLECHA PLATEADA >

Así se llamaba. Las palabras estaban escritas sobre una flecha larga y fina que parecía haber atravesado las letras en su travectoria.











# El tío Herbert no da señales de mejora

i siquiera es de color plateado —dijo el padre de Kate—. Es negra. ¿Y qué se puede hacer con una flecha plateada en todo caso?

- —Pues cazar hombres lobo —respondió Kate—, obviamente.
  - —¿Y dónde la vamos a meter? —preguntó su madre.
- —Ah, de eso ya me he hecho cargo —intervino el tío Herbert—. Va a quedar sobre un tramo de vías en el jardín trasero.
- —¿Un tramo de...? ¿En el jardín tra...? —la madre de Kate estaba tan enfadada que ni siquiera podía terminar sus frases—. ¡Eres un perfecto tarado, Herbert!
- —No vamos a meter ningunas vías en el jardín de atrás —exclamó el padre de Kate—. ¡Ahí es donde planeo poner mi huerto!
- —Oh, no tenéis que encargaros vosotros —dijo el tío Herbert con orgullo—. ¡Ya lo he hecho yo! Unos





trabajadores lo terminaron anoche. Hice que utilizaran martillos y mazos envueltos en fieltro para que el ruido no os despertara.

Los padres de Kate miraron fijamente al tío Herbert. Kate pensó que su tío estaba resultando ser muy listo, para tratarse de un tipo vestido con un traje amarillo plátano. Pensó que tal vez ésta era una de esas ocasiones en las que se podía aplicar algo que decía uno de los personajes que admiraba: a veces, más vale pedir perdón que pedir permiso.

Grace Hopper lo había dicho. Grace Hopper había nacido hacía más de un siglo, en 1906. En ese entonces había demasiados prejuicios contra las mujeres para permitirles programar un ordenador y, en todo caso, los ordenadores no se habían inventado todavía. A pesar de todo eso, Grace Hopper se convirtió en programadora informática y escribió el código para el primer compilador de *software*. Cuando murió, a los



ochenta y cinco años, era contralmirante de la marina de Estados Unidos.

Habían bautizado un portaviones en su honor. Grace Hopper era una especie de modelo a imitar para Kate.



Dos horas más tarde, los cinco, es decir Kate, Tom, su madre, su padre y el tío Herbert, se encontraban en el jardín trasero contemplando la locomotora. Estaba sobre un tramo de vía férrea dispuesto sobre el ralo césped de color amarillo quemado, y tenía el vagón carbonero enganchado detrás. Los dos vehículos ocupaban la mayor parte del jardín.

Incluso los padres de Kate tuvieron que admitir que era muy impresionante.

- —Podríamos cobrarle a la gente para que entrara y se sentara dentro —propuso Tom.
- —Ni loca —contestó Kate—. No quiero que vengan desconocidos y se metan en mi tren privado y dejen en él las huellas de sus extraños traseros.
  - —No digas traseros —le advirtió su padre.
- —Patio trasero —dijo Kate—. Delantero, trasero, lateral.
  - —No, por favor.
  - -¿Es muy vieja? -preguntó Tom.
  - —No lo sé —respondió el tío Herbert.
  - —¿Qué velocidad puede alcanzar?







- -No lo sé.
- —¿Sabes si el hombre más fuerte del mundo la podría levantar?
- —No lo... Espera, conozco al hombre más fuerte del mundo, y definitivamente no podría hacerlo. ¿Queréis subiros?

Por supuesto. Fue un poco difícil, el tren era muy grande, como ya habíamos dicho, y definitivamente no estaba construido para niños. Pero Kate y Tom eran expertos trepadores y en el costado encontraron un par de peldaños de hierro soldados a la locomotora y una barra a la cual aferrarse.

Lo que sucedió después fue un poco decepcionante, en realidad, desde el punto de vista de Kate. Estar en la cabina de una locomotora a vapor no se parece en nada a sentarse en el asiento del conductor de un coche, un camión o la cabina de un avión. Por un lado, no hay vidrio ni ventana frontal, pues se interpone el gigantesco cilindro de la caldera, de manera que no es posible mirar hacia delante. Hay dos pequeñas ventanas en cada lado, pero no sirven de mucho. Es más como una diminuta habitación, tal vez como el cuarto de máquinas de un barco verdaderamente antiguo, sin ordenadores ni radar ni nada parecido.

Tubos de bronce y acero corrían por todas partes como enredaderas que hubieran invadido paredes y





•

techo, y de ellos brotaban palancas de válvulas, botones, manivelas, perillas y agujas indicadoras en sus pequeños relojes vidriados. Ninguno tenía letreros o etiquetas. La cabina olía a aceite rancio, como un taller mecánico. Era real, sin lugar a dudas, pero también totalmente incomprensible.

Había dos asientos plegables. Kate y Tom los bajaron para sentarse.

- —Ahora entiendo por qué los maquinistas de los trenes siempre se asoman por la ventana —dijo Tom—. Es la única manera de ver adónde van.
- —Eso parece. Lástima que nosotros no vayamos a ninguna parte.

Kate se inclinó por la ventana.

- —¡Eh, tío Herbert! ¡Qué raro es todo aquí dentro!
- —No sabemos qué hacer —dijo Tom—. ¡Ni siquiera hay un volante para conducir!
- —¡No hace falta conducir un tren! —contestó el tío Herbert, mirándolos con los ojos entrecerrados por la luz—. Tan sólo vas adonde te lleven las vías.
  - —Ah, claro.

Tampoco había freno o pedal de acelerador, o al menos Kate no los veía.

- —¿Y hay silbato? —preguntó.
- —Sí —dijo el tío Herbert—. Funciona con el vapor de la caldera. No sonará si la caldera está dormida.
  - -Ah.















Kate y Tom hicieron girar ruedecitas y tiraron de palancas y movieron todo lo que podía moverse. Nada de eso tuvo efecto alguno. Todo parecía perfecto para jugar, pero ellos no sabían bien cómo aprovecharlo. Abrieron una especie de estufa empotrada en una mampara. Estaba repleta de hollín.

Tom jugó a que estaban en un tanque, se puso de pie sobre su asiento y ametralló a un ejército de nazis invisibles, pero se notaba que no estaba poniendo su corazón en el juego.

Bajaron del tren. Todo el asunto era un poco decepcionante.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? —preguntó Kate cuando estuvieron fuera de la locomotora—. Deberíamos conectar este tramo de carril con las viejas vías que están en el bosque.

Se trataba de un tramo de rieles viejos y oxidados, sepultados bajo las hojas caídas y el barro, que habían encontrado un día cuando exploraban el bosque.

- —¿Esos vejestorios? —dijo su padre—. Hace mucho tiempo que no pasa ningún tren por esos rieles.
- —¡Muy bien, atención todos! —su mamá batió las palmas para llamar su atención—. Hoy es el cumpleaños de Kate, ¿verdad? ¿Y quién recuerda cuándo es mi cumpleaños?
  - —La semana próxima —contestó Kate.



- —Exactamente. Dentro de ocho días. Ése es el tiempo que podrás quedarte con el tren. Y entonces, tu regalo de cumpleaños para mí, Herbert, será deshacerte de él.
  - —¿Qué? —exclamó Kate.
- —Pero ¿y si ya tuviera otro regalo para ti? —preguntó el tío Herbert con una vocecita tímida.
- —¿Me has comprado otro camión para transportar un maldito tren a vapor? —la madre de Kate descansó las manos en sus caderas—. ¿Ése es mi regalo de cumpleaños?
  - -No.
- —Entonces, devuelve lo que sea que hayas comprado. Para mi cumpleaños sacarás esta cosa de aquí.
- —¡No! —Kate gritó antes de entender lo que hacía—. ¡No puedes hacerlo! ¡Ese tren es mío!









# Kate también dijo otras muchas cosas

Late les dijo a sus padres que los odiaba, y que eran lo peor de lo peor en el mundo. Dijo que a ella nunca le sucedía nada especial ni bueno y que, si alguna vez le ocurría, ellos lo echaban a perder. Dijo que no la querían, y que lo único que les importaba en la vida eran sus malditos teléfonos.

Quisiera asegurar que todo eso lo dijo con un tono de voz calmado y razonable, pero no. Gritó tan alto como pudo.

Y después, dijo que era el peor cumpleaños de toda su vida, y su madre la envió a su habitación, y ella dijo, "Bien, eso haré", y se encerró dando un portazo, a pesar de que en ese preciso momento su madre le advertía a gritos que *no* se atreviera a dar un portazo. Kate permaneció en su cuarto el resto de la tarde.

Ninguna de las cosas que dijo Kate eran estrictamente ciertas, a excepción, tal vez, de eso que era su



peor cumpleaños, aunque cuando cumplió dos añitos había tenido fiebre y se había pasado el día entero vomitando, así que se trataba de una decisión difícil.

En el fondo de su corazón, Kate lo sabía. Sabía que sus problemas no eran verdaderos problemas, al menos no cuando se comparaban con los problemas de los niños que salían en los libros. Nadie la golpeaba, ni la mataba de hambre, ni le prohibía asistir al baile de palacio, ni la enviaba al bosque con un pariente malvado para que la devoraran los lobos. ¡Ni siquiera era huérfana! Aunque parezca extraño, a veces Kate se descubría *deseando* tener un problema de ésos... un apocalipsis zombi, o un antiguo maleficio, o una invasión extraterrestre, cualquier cosa, en realidad, que le permitiera hacer de heroína y sobrevivir y salir triunfante, en contra de todas las adversidades, salvando a todos a su paso.

Claro, sabía que eso estaba mal. Tan sólo quería sentirse especial. Quería sentir que alguien la necesitaba. Obviamente, tener una locomotora a vapor no iba a hacerla especial. *Evidentemente*. Pero se había sentido especial por un rato. Y ahora su madre iba a devolver la locomotora adonde sea que se guarden las locomotoras.

Lo peor de todo, pensó, tendida en su cama con los ojos húmedos de tanto llorar, mirando desanimada por la ventana, mientras la tarde se iba transformando





28





en noche, lo peor era que podía entender que su madre tuviera razón, en parte, al menos. Kate detestaba tener que admitirlo, incluso para sus adentros, pero aun cuando el tren fuera real y fabuloso, también era desmedidamente grande y un poco absurdo y, en el fondo, no hacía nada de nada. Para los incalculables millones que el tío Herbert habría gastado en el tren, mejor hubiera podido comprar, no sé, un minisubmarino, un cohete o un superordenador.

O un exoesqueleto robótico, tal vez. Cualquier cosa que no fuera esa estúpida locomotora. Quizá podría devolverla y darles el dinero.

Alguien llamó a su puerta. Por el golpe, sabía que era Tom. No respondió a la llamada. Tom se alejó, poco después, lo intentó de nuevo, se marchó otra vez, y al final sólo abrió la puerta, entró y se dejó caer





en la cama de abajo. Ahora cada uno tenía su propia habitación, pero antes compartían una sola, y la litera todavía estaba en la habitación de Kate.

Permaneció ahí algún tiempo, pero su naturaleza le impedía mantenerse quieto. Siempre parecía tener más energía de la que podía contener en su cuerpo, y tenía que desfogarla de alguna manera. Empezó a canturrear entre dientes. Después tamborileó al ritmo de la canción. Y luego llevó el compás con los pies, pateando la parte inferior de la cama de Kate. Después fingió que le habían disparado mortalmente y rodó fuera de la cama para hacerla reír.

Kate no rio.

- —Vete —le dijo.
- —Por lo menos podremos jugar en él toda la semana. Es mejor que nada.

Alguien debía haberle dicho a Tom que mirara siempre el lado positivo de situaciones como ésta. Kate hubiera querido que no fuera así. Era desesperante. Nadie le había quitado a Tom ningún regalo para llevárselo. Nunca lo mandaban a su cuarto. O no parecía que le sucedieran cosas así.

Más silencio. Y seguía sin irse.

- —Creo que se está incendiando —comentó.
- —¡Qué bien!
- —¿Por qué eres tan odiosa con todo lo que tiene que ver con el tren?







- —Porque lo odio.
- —¿Y por qué?
- —¡Porque odio todo, al mundo entero, incluido a ti!
- —Eso no es nada agradable.
- —¡No tengo intenciones de ser agradable!

Tom miró por la ventana hacia fuera.

—Pues hoy estás de suerte, porque el tren se está incendiando, en serio. Míralo.

Kate se asomó por la ventana. Frunció el entrecejo. Algo titilaba, como una llama tibia, en la cabina de la locomotora.

- —Oué extraño —susurró Kate.
- —¿Crees que de verdad se está incendiando?
- —¿Cómo va a incendiarse, si es de metal?

Salieron de la habitación de Kate a la vez, sin llamar la atención, y se deslizaron afuera por la puerta trasera. Sentían el césped fresco bajo sus pies descalzos. A estas alturas, uno podría pensar que Kate y Tom habrían alertado a sus padres sobre un posible incendio en la locomotora que había en su jardín, pero no lo habían hecho. Estaba sucediendo algo interesante, y Kate no quería que los adultos llegaran, metieran las narices en el asunto, y los alejaran de allí. Al menos, no por el momento.

—Eh, mira eso —dijo Tom—. Más vías de tren.

Tenía razón: esa tarde el tren estaba sobre un corto tramo de rieles, pero ahora había un par de líneas de





acero brillante que trazaban una curva a través del césped.

—Me pareció que habías tenido una buena idea
—dijo una voz entre las sombras—, lo de conectar la locomotora con la vía del bosque.

El tío Herbert estaba allí, recostado contra el tren. Kate no lo había visto.

- —No era una buena idea sino una estupidez —dijo Kate—. Esas vías están viejas y oxidadas, como dijo papá, y no llevan a ninguna parte. Y aunque fueran a algún lado, este tren no se mueve, en caso de que no lo hayas notado.
- —De hecho, lo había notado —afirmó—. Los chicos no son los únicos que entienden estas cosas, ¿sabes?
  - —Pues eso es lo que parece, a veces.
- —Y seguramente a los adultos les parecerá que tú te pasas todo el tiempo viendo la tele y jugando a los videojuegos en lugar de poner atención a la vida real.

Los adultos siempre decían cosas como ésas, regaños de ese tipo, pero a Kate la sorprendió que vinieran del tío Herbert. Había empezado a pensar que tal vez él fuera diferente, pero obviamente era como todos.

- —¿Y por qué debería prestarle atención a la vida real? —preguntó—. La vida real es aburrida.
  - -¿Cómo lo sabes si no lo has intentado?
- —Tal vez la vida real debería prestarme más atención alguna vez.





- —Tal vez —dijo el tío Herbert en voz baja, como si estuviera tratando de sonar misterioso— el mundo sea más interesante de lo que parece.
- —Sería genial —Kate se cruzó de brazos—, ¡porque parece muy aburrido!
- —¿Qué piensas acerca de esas llamas misteriosas en el tren? ¿Te parecen aburridas? ¿Por eso te has escabullido hasta aquí, verdad?
- —Sí, supongo —respondió ella, contrariada por tener que darle la razón—. Imagino que sí.

Dio un paso hacia el tren, y giró para mirar a su tío Herbert.

- —Esto no ha terminado, supongo.
- —No —contestó él—. No hemos terminado.







## No habían terminado

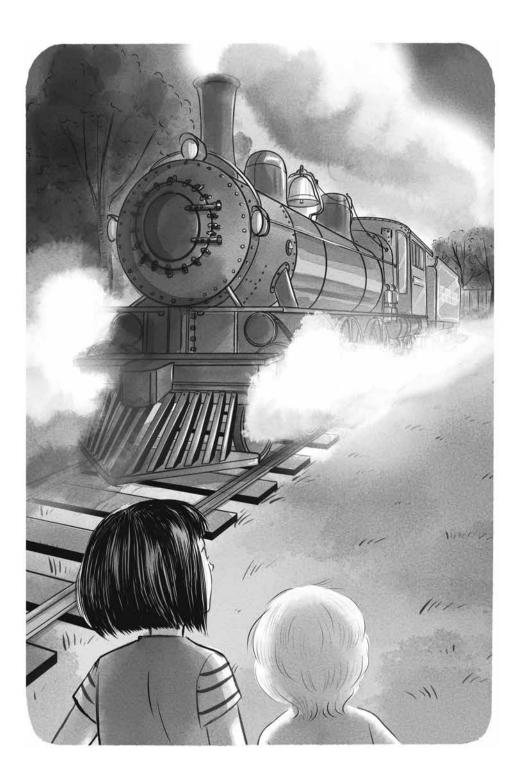
Ahora que Kate estaba frente al tren, observó algo más: salía humo blanco de un tubo en la parte superior, y bajaba para trazar curvas y espirales alrededor de las ruedas.

De pronto, se sintió un poco ansiosa.

—Adelante —dijo el tío Herbert—. Ha llegado el momento. Por una vez, la vida real se está poniendo interesante. Te está prestando atención. ¿No era lo que querías?

A Kate no le gustaba mucho que le citaran sus propias palabras, así que, sin decir más, subió a la cabina, sintiendo los peldaños metálicos que helaban sus pies descalzos. En la cabina, todo estaba iluminado por el fuego. Esa caja fría, tiznada, que habían encontrado antes, era en realidad una especie de chimenea, y alguien la había encendido. Podía sentir el calor que surgía de ella hacia el viento nocturno.











Y otra cosa: antes, el vagón carbonero estaba vacío. pero ahora era un verdadero almacén de combustible, con una enorme montaña de carbón. Tom subió a la cabina tras ella

- —Genial —dijo—. Es como ir de campamento. Podríamos quedarnos a dormir aquí.
- -Es como esa cabaña con la estufa de leña —agregó Kate—, de aquella vez que fuimos a esquiar y papá se lastimó la rodilla el primer día y estuvo de mal humor el resto de la semana. Eras muy pequeño.
- -Pero me acuerdo -Tom se sentó en uno de los asientos—. Ahí se me perdió mi Zorro.

Su nombre completo era Don Zorro, y era el zorrito de peluche que Tom había tenido desde que era bebé. Cuando se le perdió, su pequeño corazón se rompió. Seguía sin poder leer El superzorro sin lagrimear. Era extraño percibir que los chicos también tenían sentimientos, aunque hacían lo posible por disimularlo.

Kate podía ver el interior de la casa, donde su padre ponía la mesa para la cena de cumpleaños. Parecía que estuviera a mil kilómetros de distancia.

—Quisiera que fuera un tren real —dijo en voz baja—. Digo, que realmente pudiera ir a algún lado. Llevarnos a una aventura.

—¡Sí!

Y en ese momento, una palanca grande se movió hacia delante con un sonoro clonc.







Kate la miró intrigada.

- —Qué raro. ¿Has sido tú?
- —Yo no he tocado nada —dijo Tom.

Kate asomó la cabeza por la ventana.

—¿Tío Herbert? Algo acaba de moverse aquí dentro.

Su tío la miró.

- —¿ A qué te refieres con que algo acaba de moverse?
- —Algo se ha movido solo, por su cuenta.

El tío frunció el ceño.

—No puede ser.

Y entonces, un par de las pequeñas ruedas de bronce comenzaron a girar, y algunas de las agujas indicadoras y válvulas se movieron y zumbaron. Un par de interruptores se encendieron.

—¡De verdad, tío Herbert! ¡Las cosas se están moviendo! ¡Todo se mueve!

Era la primera vez que Kate veía esa inseguridad en su tío.

- —Bien. Tal vez sería mejor que bajarais de ahí
  —respondió con ese tono de voz cauteloso que se usaría para tratar de hacer entrar en razón a un gato—.
  Ambos. Y sería mejor que lo hicierais pronto.
  - —Kate —empezó Tom—, tal vez deberíamos bajar.
  - —Pero ¿qué es esto? ¿Un juego?
- —¡No importa! —exclamó el tío Herbert—. ¡Baja de ese tren!







Tom se dirigió a la puerta, pero Kate permaneció donde estaba.

—Puedes irte, no hay problema —le dijo—, pero yo quiero quedarme y ver qué sucede.

Tom lo pensó un poco.

—Yo también me quedo —dijo al fin, con su voz más seria v solemne.

En ese momento, el vapor blanco se filtraba y salía por todas partes y cubría el césped. Una perilla giró y una luz blanca y pura se encendió en el frente de la locomotora, iluminando la hierba y los árboles y un flanco de la casa vecina. De algún lugar surgió un crujido seco y satisfactorio. No era como si algo se hubiera roto, sino como si algo que hubiera estado atascado, finalmente se hubiera liberado.

—¡Ese sonido era de los frenos! —gritó el tío Herbert—. ¡Vamos! ¡Salid de ahí!

Chuf.

La locomotora soltó un resoplido hondo y ronco, como una bestia antigua que despierta de un sueño profundo y otea el aire.

- —¡Un momento! ¿Es real? —gritó Kate.
- —¡Es mágica! —contestó el tío Herbert, desgañitándose por encima del silbido del vapor—. No habréis pensado que me he hecho rico trabajando día y noche, ¿o sí?

Kate dudaba mucho de que eso fuera verdad, porque en la vida la real la magia no existe, a diferencia







de lo que sucede en los libros. Pero en ese preciso momento, no parecía haber otra explicación.

Chuf...

Chuf...

Chuf...

Silbidos y crujidos exhalaban por todas partes. La máquina entera, con sus 102.36 toneladas, empezó a rodar hacia delante con la misma suavidad de una lancha surcando un lago sereno. Con un vehículo tan pesado, era obvio que nada lo detendría una vez que estuviera en movimiento.

El tío Herbert empezó a correr al lado del tren diciendo *no no no no no no* en voz baja, entre dientes, y tratando de subirse de un salto, como hacen en las películas. Pero por alguna razón, Kate no estaba asustada. En realidad, se sentía más feliz que nunca en su vida.

Como si en su interior algo se hubiera liberado también. Como si los frenos que la mantenían inmóvil se hubieran desatascado al fin. Había llegado el momento. Esto era lo que siempre había esperado.

El tío Herbert parecía descubrir que saltar a un tren en movimiento era mucho más difícil de lo que parece en las películas.

- —¡Vamos, tío Herbert! —lo animó ella.
- —No puedo. ¡Bajaos!







—Creo que no. Como dijiste antes: la vida se ha puesto interesante.

—¡Pero esto es demasiado! ¡*Demasiado* interesante! —el tío Herbert paró y se inclinó con las manos en las rodillas, resoplando y jadeando—. ¡No estás lista!

—¿Lista para qué?

Kate se sentía preparada para lo que fuera. El viento hacía revolotear su cabello alrededor de la cabeza. No sabía si estaba haciendo algo muy inteligente o increíblemente irresponsable, pero en ese momento no le importaba, porque la emoción hacía que su corazón marchara a toda máquina.

Esto era mucho mejor que los Vanimals.

Chuf.

Chuf.

Chuf, chuf...

Chuf, chuf...

El tío Herbert trató de correr tras ellos otra vez, pero se detuvo casi de inmediato. Es cierto que no estaba en forma. Lo estaban dejando atrás.

—¡Lo siento! —gritó—. ¡Esto no debería haber ocurrido! ¡Tenéis mucho por delante, una gran tarea que realizar... así que, hacedlo lo mejor que podáis!

Avanzaban cada vez más rápido, por los rieles que atravesaban el jardín, tan ligeros como un patín sobre el hielo.

Sólo faltaba una cosa.







- -¿Cómo hago sonar el silbato? -gritó Kate.
- —¡La manija que cuelga del cordón!

Fue lo último que dijo el tío Herbert antes de perderlos de vista.

Había una manija de madera que colgaba del techo. Kate tiró de ella, y el sonido perforó la noche:

#### iiiFUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUU

Todo el vecindario alcanzó a oírlo. Sentían como si el mundo entero lo pudiera oír. Kate tiró de nuevo de la manija. Y luego, como se sentía generosa, permitió que Tom también lo hiciera.



